

Primera parte

EL INSTANTE FINAL

De aquel instante...

¿Te acuerdas de aquel instante?

Fue un instante tan sólo. Pero aquel instante condensó todos los momentos vividos en uno solo. Los de tu vida, los de nuestras vidas, los de aquellos que nos rodeaban entonces. Todo de una vez. ¿Lo recuerdas?

Como un agujero negro que lo engullía todo. Sin dejar nada. La luz y la oscuridad, las alegrías y las tristezas, los pasados y los futuros. Todo.

Un agujero oscuro, terrible, inconcebible, que absorbía las esperanzas y las posibilidades que tenías hasta aquel momento, las que teníamos.

Y a la vez, ¿podrás creerlo?, fue un estallido de luz, un instante luminoso, recorrido por una ternura desconocida.

Fue cuando el mundo se detuvo. Como si una cámara fotográfica hubiera fijado aquel instante de tiempo para siempre más.

¿Te acuerdas de ese instante, estimada?

Fue el de tu muerte.

Un instante eterno...

1

Atardecer

Ocurrió en una tarde muy parecida a ésta en la que empiezo a escribir. Un atardecer de cielo azul y escasas nubes del mes de septiembre. Sin nada destacable. Un atardecer como cualquier otro. Había llovido con fuerza otoñal hacía poco y el aire se había purificado. A través de la ventana de la habitación desde donde mirábamos este atardecer todo nos resultaba habitual, muy conocido, salvo por lo que allí ocurrió.

A decir verdad, tampoco era muy habitual estar en aquel lugar, aunque nosotros ya nos habíamos acostumbrado. Nos encontrábamos en una clínica situada en el centro de la ciudad de Barcelona, acompañando a nuestra madre en el día a día de su vida hospitalaria.

Pero sería mejor empezar por el principio, desde que empezó esa pequeña historia de vida. Para ello, deberíamos situarnos en el verano anterior, un verano muy caluroso que soportábamos como podíamos los que nos habíamos quedado en la ciudad.

En aquel verano aciago, por diversos motivos, a mi madre le fue diagnosticado un cáncer que no pudo ser extirpado completamente durante la operación de urgencia que se le realizó. Aun así, las técnicas de radioterapia y quimioterapia que a no tardar se le practicaron despertaron muchas expectativas de que el proceso canceroso se detuviera y no se abriera paso hacia otras zonas de su cuerpo.

Su anterior vida de tantos años, plagada de rutinas diarias (la hora de las comidas, las noticias de la TVE, las llamadas a sus hijas) y de encuentros familiares cada tanto, quedó totalmente alterada. Y la amenaza de un rebrote de la enfermedad permaneció aleteando durante todo el tiempo que siguió, como una espada de Damocles.

Dicha amenaza hizo que todo cobrara una nueva dimensión. Cada encuentro que celebrábamos podía ser el último. Y cada mes que pasaba era un mes ganado a lo ineluctable. Lo cual no era trágico, o no del todo, pues de alguna forma su supervivencia frente a la enfermedad era un triunfo: el de la vida sobre la misteriosa Muerte. Eso convertía cada encuentro con ella, y cada conversación que teníamos, en algo privilegiado.

Los motivos que desencadenaron el proceso de su enfermedad son muy difíciles de conjeturar. Sólo me queda claro el debilitamiento de un cuerpo de edad casi octogenaria, quizá por el efecto de gota a gota que le habían producido diversos acontecimientos traumáticos padecidos a lo largo de su vida y que finalmente consiguieron debilitar sus sistemas defensivos. O eso me imagino. Pero su enfermedad sí señalaba algo: la finitud de nuestra existencia el límite de los organismos, nuestra capacidad de persistir en el tiempo.

El agravamiento de su proceso y la consiguiente hospitalización fueron debidas a un cúmulo de circunstancias adversas. Así se mostró claramente como nuestros destinos se escriben a pesar de nuestras esperanzas y de los esfuerzos que se ponen y de los avances de la ciencia, que en su caso se aplicaron meticulosamente.

Recuerdo aquel mundo hospitalario como un escenario surrealista. Ver salir personal vestido de blanco y verde, algunos portando camillas de las habitaciones que en su momento fueron proyectadas para un hotel de alto nivel resultaba por lo menos chocante. También lo parecía el interior de dichas habitaciones, con sus blancas paredes desnudas, el inevitable televisor y los habituales artilugios sanitarios que rodeaban las camas. Además, estaba el silencio que reinaba en aquel lugar, en especial por la noche, silencio que sólo se interrumpía por la conversación cuchicheada de los familiares del enfermo o el agitado caminar del personal sanitario que recorría sus pasillos.

Conocí también algunas de las interioridades de ese mundo hospitalario me permitió conversar de tú a tú con los profesionales sobre la evolución de mi madre y asistir, casi como quien dice en primera fila, a sus reflexiones, sus temores y sus dudas, debiendo compartir inevitablemente las decisiones que fueron tomando. Sobre todo al final, cuando el saber médico y su tecnología intentaban desesperadamente mantenerla con vida.

El espectáculo de aquel organismo que tras varias operaciones luchaba pese a todo por persistir resultaba admirable. También la claridad que conservó su mente hasta las últimas horas. Y muy duro para los que lo contemplamos. Luchaba, agónicamente, ferozmente. Hasta aquel atardecer...

Ocurrió súbitamente. Nosotros estábamos hablando, no recuerdo bien de qué, mientras acompañábamos su lucha. Intentando conservar cierta apariencia de normalidad, tampoco sé muy bien por qué. Y entonces, como si aquel organismo hubiera decidido de pronto que ya era suficiente sufrimiento y no había motivo alguno para proseguir, su respiración se detuvo.

¿Puede hablarse de belleza en un momento semejante? ¿Es posible maravillarse frente a tan terrible escena? Sólo puedo confesar lo que yo experimenté: por un lado, un sentimiento aterrador, inmensamente desesperanzador; por otro, la idea de algo muy bello. Y su increíble belleza provenía de la serenidad y el descanso que en aquel preciso instante emanó del cuerpo de la persona que había sido mi madre hasta aquel entonces.

Lo más asombroso sucedió a continuación. Pues aquel instante de la muerte de mi madre no fue algo fugitivo, temporal, pasajero, como lo puede ser cualquier otro instante. Al contrario: el tiempo, como si se hubiera entrado en otra dimensión, pareció detenerse. Y ese instante de tiempo detenido se fue expandiendo hasta llenarlo todo, la habitación, el paisaje, nuestras miradas sorprendidas que aún no habían podido reaccionar...

Nunca lo había visto tan de cerca. Jamás presencié una muerte tan próxima ni de alguien tan cercano. Y lo que vi con mis propios ojos fue, para mí, inconcebible. Pues aquel cuerpo extenuado no pasaba de lo vivo a lo muerto, o de

lo móvil a lo estático e inerte, sino que parecía ir de un tiempo pasajero a un tiempo eterno. Eso fue lo que sentí. Que aquel instante era un instante de eternidad. No encuentro mejor manera de explicarlo.

La instantánea paz que cubrió la cara de mi madre y la dulzura que emanaba de su cuerpo inmóvil me resultaron totalmente inesperadas. Siempre había imaginado la muerte como algo brusco, que golpea como un rayo la vida de los organismos y la detiene de forma cuasi mecánica. Sin embargo, ahora contemplaba «algo» difícil de describir, de una dimensión que jamás había percibido tan clara e indudablemente.

Seguramente no pueda creerse. Tampoco yo creía hasta entonces en ese «algo». Aunque reconozco que mi impresión vino mediatizada por los sentimientos que tenía hacia ella, y también debo aceptar que la impresión que me causó su muerte fue inevitablemente subjetiva y sesgada.

Aun así, el instante de eternidad que vislumbré durante la muerte de mi madre me llevó a considerar la posible existencia de ese «algo» que yo negaba, «algo» que había captado en aquella habitación y que de momento sólo había empezado a percibir.

Y fue dicha percepción la que me llevó a realizar una larga investigación que ahora comienza, en el intento de poder conocer y entender ese «algo», de la misma manera que antes lo hicieron muchos otros.

Sin más premisas, sin ninguna seguridad en lo que podía encontrar.